

Jesús Urceloy

PINGÜINOS

y otros cuentos familiares



EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO

— ANAQUEL DE NARRATIVA, n° 32 —

MADRID • MMXXIV

De la edición © CUADERNOS DEL LABERINTO
Derechos exclusivos de esta edición en lengua española:
© Cuadernos del Laberinto
www.cuadernosdelaberinto.com

De la obra © JESÚS URCELOY
Directora de la colección: ALICIA ARÉS

Con la colaboración de ANTONIO RÓMAR
Fotografía del autor en la solapa © MARÍA BERMÚDEZ

Diseño gráfico: Absurda Fábula
www.absurdafabula.com



El papel utilizado para la impresión de este libro, fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones sostenibles, es cien por cien libre de cloro y está clasificado como papel reciclado.
Impreso por Copias Centro (Madrid)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Primera edición: mayo 2024

I.S.B.N: 978-84-18997-59-4
Depósito legal: M-10247-2024

Impreso en España.



www.cuadernosdelaberinto.com

www.cuadernosdelaberinto.com

Para Alicia Arés

Para Candela Rojas

Para Celia Esteban

Para Víctor García Antón

www.cuadernosdelaberinto.com

Í N D I C E

Nota preliminar	pág.	9
Pingüinos	pág.	11
Cartas	pág.	13
La tele	pág.	19
Matar en casa	pág.	21
Ramas	pág.	25
Triángulo	pág.	29
Días de guardar	pág.	33
Días de metro	pág.	35
El tío Felipe	pág.	39
Cheshire	pág.	41
Generosidad (Hojność)	pág.	45
Maltratador	pág.	47
Ronda	pág.	51
Navidad	pág.	57
Partida	pág.	61
Sed	pág.	63
Familia	pág.	65
Pintamonas	pág.	69
Hostias	pág.	71
Tomates	pág.	75
Perenne	pág.	81
La Brigada Ligera	pág.	87
Aproximación al lenguaje diferencial	pág.	91
Muros	pág.	97
Pasos	pág.	101
Pimentón español	pág.	103
Trenes	pág.	105
Torres	pág.	109
Viaje 26	pág.	111
Un punto de mira	pág.	121

www.cuadernosdelaberinto.com

NOTA PRELIMINAR

Este libro fue publicado en octubre de 2012 con el título *Matar en casa y otros cuentos formidables* por la editorial madrileña **Tres rosas amarillas** en la colección **La casa de cartón**, bajo el cuidado de los editores **José Luis Torres Vitolas** y **José Luis Pereira**. Esta edición está agotada y solo puede conseguirse en librerías de viejo o por internet. **Alicia Arés**, editora de **Cuadernos del Laberinto**, ha querido con sus amorosas manos reeditararlo. He aprovechado la ocasión para hacer una corrección general a todos los cuentos y añadir otros tantos que han ido surgiendo en estos años, lo que supone haber pasado a treinta cuentos, justo el doble de la edición de 2012. Entre estos nuevos, dos escritos en colaboración con mi amigo y escritor **Antonio Rómar**, titulados *Perenne* y *Aproximación al lenguaje diferencial...* Algunos llevan una dedicatoria especial: *Familia* es en recuerdo de mi padre, **Jesús Luis García Gardeta**, que como buen maño cantaba jotas y tocaba la bandurria los domingos, y *El banco de los tomates* es para la dulce memoria de **Alfonso Rebollo** y **Elisa Fernández**, transcurridos en el amor y la inmortalidad. No quiero aburrir soltando una retahíla con los nombres de familiares, amigos y amigas, alumnos, compañeros y profesores a los que debo mi amistad y mi devoción. Ellos lo saben y basta.

JESÚS URCELOY
en Madrid a diciembre de 2023

www.cuadernosdelaberinto.com

PINGÜINOS

Mi mujer no cree que yo no sea un pingüino. Se limita a mirarme con sorna, se encoge de hombros y sigue a lo suyo.

—Pues ya me dirás qué eres.

—Soy una persona. Una persona como Dios manda.

—No metas a Dios en esto, que no tiene nada que ver. A ti lo que te pasa es que te has aburrido de mí y no sabes cómo decirlo. Anda, acércate al fiordo de la esquina y trae algo de pescado.

Yo me acuerdo de cuando era marinero y pescábamos el bacalao en los mares del norte. Un día, mientras miraba un montón de pingüinos, el barco se hundió cerca de las rocas de la costa y yo, que tengo la desgracia de saber nadar, me salvé. En el puerto ya me lo advirtió el práctico:

—Mala cosa es esa, rapaz. Mejor es irse al fondo enseguida, se ahorra uno muchos sufrimientos.

Nada más llegar a la playa tenía un frío enorme, tanto que pensé que sería mejor volver, pero el instinto es muy traidor e igual me ponía otra vez a patalear. Yo no quería ser pingüino, pero hacía un frío del carajo. Así que a fuerza de imitarlos, dando pasitos cortos, encogiéndome y dándome palmaditas en los muslos logré, poco a poco, introducirme en la manada.

—A ver. ¿Qué pescado traes?

—Pues el que había, mujer.

—Mira que esta noche vienen a cenar tus primos.

—Esos comen lo que sea.

—En eso llevas razón. Anda trae.

El grupo de pingüinos que me acogió cuando naufragué me adoptó desde el primer momento, se arremolinaron junto a mí y me dieron mucho calor y mucho gusto. Allí, con ellos, aprendí pronto el idioma y las costumbres, que en el fondo son sencillas y se parecen mucho a las nuestras y a poco ya me consideraban como uno más. O casi.

—Este no es de los nuestros —dijo un día uno que siempre andaba dando vueltas a ver lo que se cocía—. Se ha pegado plumas

al cuerpo con grasa, nunca se mete en el agua y tiene el pico mal desarrollado.

—Bueno —respondió el de más edad—, pero cuando se pone de pie es tres veces más alto que cualquiera. Además, infunde mucho respeto entre los leones marinos y otras alimañas.

—Además —añadió uno que era muy joven y que se dejaba mucho frotar conmigo—, igual si sigues con esas te van a caer tres hostias como tres soles.

El que siempre andaba dando vueltas a ver qué se cocía dijo que no había que ponerse así por una diferencia de criterio, y que si nos íbamos a liar a bofetadas por esa minucia que mejor apaga y vámonos. Se sacó un arenque de debajo del ala y nos invitó, pero no le hicimos caso.

Desde entonces nadie volvió a dudar de mí, y cuando nos atacaba un oso o intentaba acercarse un león marino, yo me limitaba a ponerme de pie y a gritar y a hacer muchos aspavientos con las alas. Tendríais que ver el susto que se pegaba el oso, o el león, y cómo frenaba en seco y reculaba. Entonces recordaba algunas de las palabras que me enseñó mi abuelo, que era muy asturiano, y gritando las repetía: «¡Vaques, Ribadesella, Probe, Gamoneo, Frixón!» Y el león, o el oso, se daba la vuelta y no volvía más. Fueron tiempos de mucha armonía.

Lo malo es que ahora me ha dado por recordar lo del barco, lo de mi abuelo y lo de que soy persona. Y entonces me separo del grupo y me pongo muy triste a mirar al mar desde las rocas y los acantilados, sin importarme que venga una orca y me devore, porque las orcas no se asustan de nada, ni aunque saltes a la pata coja o les grites en francés.

—Te lo juro, soy una persona —le digo a mi mujer.

—Vamos a dejarlo, que no quiero que me des la noche —me contesta.

—Si yo no quiero darte ningún disgusto, solo es que...

—Mira esos pingüinitos —me interrumpe señalando hacia la nieve—. ¡Ahora me vas a decir que no son tuyos! ¡Desgraciado! —Y se pone a llorar.

Y a mí me da también una tristeza enorme y le doy un abrazo grande y le digo, mirando a las rocas, lo de siempre, que ya se me irá pasando.

C A R T A S

Je ne suis pas homosexuel, je suis pédéraste!

CAMILE SAINT-SAENS

—Los ojos bajos, maricón.

Ustedes no lo saben pero José Luis, de rodillas y con las manos en cruz, frente a la pared del dormitorio levanta la mirada. Sus ojos se fijan en el retrato de doña Abundia, su difunta suegra, un óleo negro y desproporcionado donde una mujer anciana y flaca, que se apoya en un bastón de hierro, parece mirarle entre la sorna y el asco. Ustedes de esto no tienen ni idea pero su mujer, Carmen, se va desnudando detrás de él, junto a la cama, posiblemente con cierta premeditada parsimonia. En el sifonier verde oscuro de la pared hay unos guantes largos de látex rojo, una botella de aceite y algo que desde las sombras parece una fusta.

—Y no pienses en mi madre, que te estoy viendo.

José Luis siente un retortijón en su memoria, algo que le llena el estómago de un fulgor entre lascivo y rebelde. Los testículos se le encogen temerosos de su desnudez casi completa. Su único traje consiste en una mordaza de bola, enorme y azul, que casi no le cabe en la boca. Sus ojos no engañan a nadie, ni siquiera a nosotros: se lo está pasando teta. Desde que dejaron Madrid por esta casita gallega, solitaria, de anchos muros de piedra, un jardín y un viñedo, la intimidad está colmando con sus juegos cada uno de los poros de su piel. ¡Todos tenemos derecho a una jubilación entregada al vicio! Escucha de nuevo a su mujer:

—¡Cerdo! Lo que tiene que hacer una...

Lo que sí saben ustedes es que esta mañana, a eso de las doce, un retén de la Guardia Civil, compuesto por un teniente, un cabo y tres números ha llamado a la puerta de La Bada, la pequeña casa que compraron a las afueras de Curtis. Ustedes han visto la cara de asombro de Carmen y la estupefacción de José Luis. La primera porque el furgón ha parado encima de sus rododendros recién plantados. El segundo, cuando ha leído la orden de registro:

—¿Pedequé?

—Pe-de-ras-ti-a, caballero —le recalca el teniente—. Abuso de menores, trata de infantes, comercio de material pornográfico cuyos sujetos pacientes son niños y niñas de edades comprendidas entre los cero y los dieciséis años. Procedan al registro.

Todos hemos visto a Carmen y a José Luis abrazados como dos peleles sobre el silloncito blanco y muy incómodo del recibidor. De Ikea, por supuesto. La casa está llena de estos muebles funcionales. En algún lugar había que meterlos cuando cerraron la clínica. También han visto a los tres números y el cabo entrar en los cuartos, revolver los cajones, hurgar bajo los sofás, mirarlo todo y no encontrar absolutamente nada. Así mismo, más tarde, han visto al teniente quedarse hierático, como la estatua de María Pita en A Coruña, aunque rascándose el cogote.

—¿Y el ordenador? —pregunta el guripa.

—¿Qué ordenador? —responde el marido.

—Pues su ordenador, coño, no me joda... ¡Cuál va a ser!

—No tenemos.

—Es verdad —corroborra Carmen—, se lo llevó el chico a Ginebra.

—¿A Ginebra?

Sí —piensa Carmen—. Ginebra, Suiza, capital del cantón del mismo nombre: Ginebra, superficie 15,9 kilómetros cuadrados, población 191.964 habitantes hacia 2011, altitud 375 metros sobre el nivel del mar, idioma francés. Lagos, montañas, frío, pasta, mucha pasta, incluso italiana, coches de lujo, relojes de lujo, plumas de lujo, restaurantes de lujo, ópera de lujo y, por supuesto, camarada teniente, la tumba de Borges, el de las ciruelas.

—El nene vive allí.

—¿Qué nene?

Joder, te lo tenemos que decir todo, caramba —piensa que dice o dice que piensa Carmen—. ¡Vaya con vuestro servicio de información! Verás majo: el nene se llama Esteban. Aunque ha salido un poco al tonto de su padre, tiene un corazón de oro. Es trabajador y muy buen estudiante. Menos aquella vez que tuvo que repetir tercero. ¿O fue segundo? La culpa la tuvo esa guarra de novia que se echó. Que era

muy guapa es verdad, porque mi hijo tiene muy buen gusto. En eso ha salido a mí. Sólo había que fijarse en las pintas que traía. Y sus padres, no le quiero contar lo de sus padres... En fin, como le iba diciendo, el nene se fue a Ginebra a hacer un máster de relaciones internacionales. Ahora es un abogado excelente y viaja mucho y está en un banco muy bueno en un puesto muy importante con un despacho con dos secretarías. Sí, sí, dos. Una es un poco madurita pero la otra, qué gusto tiene el nene, qué gusto... Pues allí, en Ginebra, conoció a Sigrid, una chica alemana muy mona, alta, calladita, sí, muy trabajadora también, y tú cállate que/soy/yo/la/que/se/lo/está explicando a este señor. Ya le digo, sí, viven allí, en una casa maravillosa, con chimenea y en el mismo centro, un lujo, todo moqueta. Hay cerca un parque muy famoso, con un árbol muy viejo y la gente juega en unos tableros de ajedrez enormes con unas piezas del tamaño de niños pequeños, las blancas y las negras, y un lago con un chorro de agua enorme, ni las fuentes de Montjuic ni el lago de la Casa de Campo...

Ustedes han visto al teniente repantigarse en un silloncito de enea, un poco viejo y con un arreglo de celofán del gordo en la pata izquierda de atrás, un sillón con almohadones de esos que invitan a sentarse las noches de holganza o las tardes de buena digestión. La charla generosa de Carmen, ese ronroneo sutil, eterno, infatigable, aunque para nada vidrioso, le trae a la memoria un recuerdo cercano y una carta, una carta de color azul que estuvo meses y meses en el recibidor de la casa de sus padres, también muy gallegos.

—Papá.

—Dime.

—Ya sé que es una gilipollez.

—Dale.

—Puede que sea un defecto profesional, esa manía que tengo de fijarme en los detalles.

—Venga.

—Es que no quiero que pienses que estoy idiota.

—Al grano.

—La carta azul.

—¿Qué carta azul?

—La que está en el recibidor, en la mesita blanca, junto al paragüero, en la bandeja de los sobres.

—¿Qué le pasa?

—Nada, que lleva ahí por lo menos cinco meses.

—¿Y?

—Que está siempre arriba, la primera. El montoncito sube o baja, a veces hay más cartas. A veces menos, pero esa carta azul siempre está arriba, siempre. Y sin abrir.

—Muy bien.

—No, muy bien no.

—¿Se lo has dicho a tu madre?

—Me parecía más apropiado hablar contigo.

—Mejor.

—¿Por qué mejor? ¿Qué pasa?

—Nada.

—Mira, papá, yo no quiero...

—Anda, ven a la terraza que te lo cuento.

—¿A la terraza?

—Sí, a la terraza, no quiero que tu madre nos oiga.

—Mamá...

—Sí, mamá. Anda, vamos.

Carmen sigue con su perorata. Ahora versa sobre medicina, cuando ella y su marido se conocieron en la facultad, los años de estudios, los primeros años opositando o dando tumbos por todas las clínicas de Madrid. José Luis, entre un bostezo y otro que no se permite el lujo de disimular, hace rato que se ha puesto a mirar el móvil. El cabo y los tres números, al fondo, sentados ante una mesa alta de caoba, han sacado sin permiso unas cervezas del frigorífico, unos cacahuetes de un armario muy feo y muy gris, y una baraja de no se sabe dónde. Juegan al tute cabrón.

—Arrastro —dice un número.

—Las tripas por un zarzal —contesta el cabo.

El teniente es un experto en poner caras, sobre todo en poner caras de atención. Esas caras que parecen estar llenas de interés, concentradas en los detalles, esas caras que los expertos en política y algunos periodistas